

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

VERSITOS DE COMPROMISO.

Es una verdadera desdicha ser poeta ó al menos aficionado á las Musas. Todo el mundo se cree con derecho á oxigar del que tiene tal habilidad, una muestra de su ingenio en cuantos casos ocurren en la vida humana.

La desgracia, que constantemente me persigue, me acosa y me maltrata, hizo que el lunes de la anterior semana entrase por las puertas de mi casa un jovencito, muy elegante, muy almidonado, todo respirando esencias, y diciendo por donde quiera que pasaba: *Muchachas, rendidme vuestros corazones; que aquí viene la flor de la hermosura y el último figurín andante de la culta Francia.*

—Ola, señor don Jazmin, ¿qué novedades le traen á usted por mi casa? (le pregunté ansioso de saber lo que de mí pretendía tan porfurnado galan.)

—Poca cosa, amigo mio, (respondió.) Usted es hombre de chispa, y de eso que llaman por ahí talento. Sé que usted compone muy bonitos versos. Yo necesito unos, para cierta dancita de ojos negros. Usted tiene la bondad por ejercicio; y en esa confianza espero que usted me componga cualquier cosa. Es un compromiso que tengo. Mi novia me exige una

poesía, y es preciso, de toda precision, que usted me escriba una.

—Pero, señor don Jazmin, ignoro esa precision mia. Usted podrá tener todos los compromisos que quiera con esa señora, pero yo ni aun la conozco de vista.

—Ea, señor poeta: yo me voy á mi casa y dentro de dos horas volveré por la composicion.

Yo asustado al ver la pertinacia de este galan, y deseoso de que no me interrumpiese en mis estudios con sus majaderías, dije para mis adentros. «En diez minutos o escribiré cualquier cosa y de este modo salgo del paso.»

—Señor don Jazmin, (añadí en alta voz) vuelva usted á su casa y dentro de una hora recibirá la poesia, de que vá á ser autor; pues de ella le hago donacion en toda forma.

Despedazóse á cumplimientos mi hombre, saludóme á la usanza turca, y tarareando el *coro de las brujas* de Macbeth, se fué con la música á otra parte.

Escribí la poesia, y se la envié al caballero: el cual al siguiente dia me la devolvió con una carta lleua de insultos y de quejas, por las sátiras, que segun decia, estaban en la composicion lanzadas contra la señora de sus pensamientos.

Quedéme estupefacto: leí la poesia, y nada hallé en ella digno de censura, en cuan-

to á encerrar sátiras y epigramas contra una persona que no conocia.

Pronto salí de mi confusion, cuando refiriendo á un amigo el lance, me preguntó:

—¿Dónde está la poesía?

—Héla aquí (le dije.)

No bien la leyó, cuando comenzó á reir de una manera espantosa.

—Hombre, eres el demonio. Con razon tienes fama de satírico.

—¿Tú tambien quieres volverme loco?

—A quien si no á tí, se ocurre tanto chiste y tanto epigrama.

—Pero dónde están? porque yo ni los he escrito, ni los encuentro en mi obra.

—Vamos á verlos, leyendo la composicion y analizándola:

Tu hechicero mirar me ha cautivado:
tu blanca tez mi pecho ha conmovido:
tu andar magestuoso y elevado
siempre la admiracion del mundo ha sido.
Las perlas que en tu boca ha atesorado
un tirano sagaz, el Dios Cupido,
igualan al marfil en la blancura:
por eso yo idolatro en tu hermosura.

—¿Y qué hay de sátira en estos versos? (dije á mi amigo.)

—Una friolera. La señorita es vizca, y tú alabas su *mirar hechicero*: es muy morena y elogias su *blanca tez*: es coja y llamas á su *andar magestuoso y elevado*: sus dientes están podridos y tú dices que *igualan al marfil en la blancura*.

No pude menos al escuchar tales palabras que soltar la carcajada.

—Desgracia ha sido la mia, dije á mi amigo. ¿Quién habia de imaginar que el amado tormento del señor don Jazmin era una señora de tales prendas? Razon ha tenido el hombre para cojer moscas con la lectura de tales versos.

A los dos dias de este suceso me recomendó un literato de Sevilla á cierto jóven; el cual

me pidió de buenas á primeras un epitafio para el sepulcro de su padre, el cual, segun llegué á entender, habia sido por espacio de muchos años capitán de buques y marino muy esperto.

Yo, infiriendo de tales palabras que el difunto habia sido capitán de marina, compuse á su memoria lo siguiente:

Tu valor fué sin segundo;

cojiste muchos bajeles;

y aquí, tras tantos laureles,
aun asombro das al mundo.

Remité estos versos al jóven recomendado, en la persuasion de que me daria las gracias por tantos no merecidos elogios, cuando hé aquí que al siguiente dia me cita á juicio de conciliacion por haber manchado la fama de su padre, diciendo en un epitafio que fué pirata. Leí la maldecida poesia, y no encontré tal cosa. Pero otro amigo me advirtió que la razon no estaba de mi parte. El padre del jóven, cuyo valor, segun mis versos, merecia el nombre de sin segundo, y cuyo esfuerzo le hizo cojer muchos bajeles, no fué capitán de marina, sino capitán de buques mercantes, y por tanto, elogiarlo como apresador de barcos, no era otra cosa que llamarlo *pirata*.

No escarmentado con los versos de compromiso, escribi luego unos en un album. «Estos sí que no me ocasionarán disgustos (decia yo para mi sayo.) No conozco á la señorita de quien es; pero como mis elogios son generales, en nada me perjudican.»

La suerte no se habia cansado de perseguirme. Ayer entró en mi casa un hombre corpulento y barbudo con el susodicho album debajo del brazo. Apenas me vió, dijo:

—¿Es usted don Fulano?

—Si señor, y para servir á usted.

—Usted es un hombre vil é infame. Cómo

se ha atrevido á apostrofarme de este modo en el album?

Abriólo y leyó esta poesía:

Album, á tu dueño hermoso
quisiera entregar mil flores,
y rendirle mis amores
como un esclavo afanoso.

De su rostro la hermosura
cautiva á todo amador;
pero aun es mas seductor
lo bello de su cintura.

—Esto es ponerme de hembra, amigo mio. Usted me ha insultado, y es preciso que con sangre se lave esta injuria.

—¡Infeliz de mí! exclamé. ¿Qué diablos he hecho? Me trageron ese album, y yo pensé que era de una señorita, y como para señorita escribí los versos.

A buen componer, tuve que dedicar otros versos en el album á nuestro hombre, alabándolo de esforzado y de ser en el valor y fuerza otro Alcides.

Desde ese día he abandonado á las Musas. No quiero mas versos que me atraigan sinsabores: no quiero versos escritos por compromiso y de compromisos.

A UNA FEA EMPALAGOSA.

Canto tus gracias; tu figura canto.

Empresa es esta que me pone espanto;
porque á todos espantas.

Mi musa al contemplarte se recrea;
pues diosa eres suprema por lo fea,
cuando en el mundo hay tantas.

Tú al observar te miran los garzones
dices que tuyos son sus corazones
con pensamiento loco.

No imagines que están enamorados:

es que al verte recuerdan asombrados
que así pintan al coco.

Tu cara á la lechuzca se asemeja,
y tu acento al graznar de la corneja;
de gatos son tus ojos.

Perros de presa envidian á tus dientes;
y por tantos tesoros excelentes,
¿no habrá quien sufra enojos?

A médicos y á insulsos mentecatos,
á duques y á festivos literatos
tu afición idolatra.

Los engañas con frases del demonio,
diciéndoles *«sé tú mi Marco Antonio;
que yo seré Cleopatra.»*

Tu amor que siempre ofende y nunca alhaga,
igual es al merengue, que empalaga,
no al dulce caramelo.

Hay hombre tan furioso que delira,
porque te vuelvas tú en otra Edelmira
para volverse Otelo.

Eres la triste noche junto al día:
ella luto y horror: él la alegría
que alumbró y enamora.

La negra oscuridad postra á las flores;
mas luego las despierta á los amores
el rayo de la aurora.

Plegue á Dios que en la fama inmortal seas;
y que te llamen *«gloria de las feas!»*
que mas ya no es posible.

Jamás conseguirás el ser bonita;
y aunque rezes novena á Santa-Rita,
imposible.... imposible.

TEATRO PRINCIPAL.

A continuación insertamos el anuncio que una empresa anónima ha remitido á los periódicos de la plaza; y el cual comentaremos á nuestro modo, tratándolo con la justicia que se merece.

«Conocida la absoluta necesidad de que haya en este teatro una compañía lírica (pero no hay necesidad de que haya mamarrachos)

ya que por desgracia (no es mala desgracia la que nos ha venido encima) ha permanecido cerrado tanto tiempo (y ojalá permaneciese cerrado antes que abrirse del modo que se abre) teniendo así privado á este respetable público de un espectáculo digno de su ilustracion (y para que no estén privados de dolores los tímpanos de nuestros oídos, nos regala la empresa una compañía de Agostini, Gellati, Patriossi y Garbato.) La actual empresa, contando con la benevolencia de las autoridades (pero creemos que regularmente no contará con la benevolencia del público) á quienes deben en gran parte poderse presentar á complacer los deseos del público (y ¿quién ha dicho á la empresa que los desos del público son oír á sus cantantes, y no silvar á los que fueren malos?) no ha perdonado medios para reunir una compañía que sea del agrado de los concurrentes (pues si esta es del agrado del público ¿cual será la de su desagrado?) lo que se lisonjea (puede contentarse la empresa con sus propias lisonjas, ¿y quién le quita que se lisonjee?) llenar tanto por los esfuerzos de los artistas (cuidado no rebienten con los esfuerzos) cuanto por el repertorio escogido que ofrecerá (pero que no ofrece al exigir un abono por treinta representaciones.) Omitéuse elogios pomposos, (después que dice la empresa que los cantantes son del agrado de los concurrentes, y dignos de la ilustracion del pueblo gaditano) y solo espera que el público la juzgue por sí, (ya se vé que la juzgará, y según las señas no muy favorablemente) y si es digna de su aprobacion (que no lo será) será la prueba mas satisfactoria que la misma pueda desear (y todo se quedará en deseos.)

«Lista de los artistas que la componen.—Primera dama absoluta, señora Agostini.—Altra prima, señora Patriossi.—Contralto, señora Celly.—Primer tenor, señor Cenni.—Suplemento, señor Gellaty.—Primer baritono, señor Patriossi.—Segundo tenor, señor Molas.—Sogundo bajo, señor Munne.—Maestro de coros, señor Garbato.—Director, señor Otero.

«La empresa está en correspondencia (dice el anuncio) con algunos artistas de reputacion. Y sin duda (añadimos nosotros) para que dentro de las cartas envíen los puntos altos ó bajos de que necesitan los cantantes que forman la compañía.»

Deseamos larga vida y prosperidad á la empresa, la cual ha dicho al formar la compañía: «El público la tolerará sin duda; puesto que el refran castellano afirma que *d falta de pan buenas son tortas.*»

NOTA.—Se prepara una gran novedad para el teatro Principal. No se crea que es la representacion del *Profeta* ó de los *Hugonotes*, de Mayerbeer, ó *I Mesnadieri*, de Verdi. Es cosa mas nueva, *La Estrangera*, de Bellini.

OTRA NOTA.—Se nos asegura que se están ensayando algunas óperas de las que van á formar el repertorio de la nueva compañía lírica.

A la mayor brevedad se ejecutarán en el teatro Principal:

El turco en Italia.

La Urraca ladrona.

El Coradino.

La Italiana en Argel.

El Califa de Bagdad, ó sea El Bondocant.

EL JUICIO DE DIOS.

Era una noche oscura.

El real de Santa-Fé dormia bajo aquel pabellon, de sombra y confiado á la vigilancia de las atalayas y los escuchas.

Los *continuos* armados de guerra hacian su guarda en las tiendas de los reyes, y mas allá todo era silencio y soledad.

Pero de improviso, entre una calle del real, resonaron callados pasos y son de cabalgaduras, y cuatro sombras, llevando caballos del diestro, se deslizaron á lo largo de la calle en direccion á la puerta que miraba á Granada.

Cuando hubieron llegado á ella se oyó entre el silencio una voz que gritó:

—¿Quién va?

—Haced que adelante el alferéz de la guarda, contestó una de las cuatro sombras.

Levantóse el tapiz de una tienda cercana, dejó ver una ráfaga de luz en el interior y apareció otro hombre.

—¿Quién vá? repitió.

—El *Alcaide de los Donceles*, contestó el primero acercándose al que había preguntado.

—Guárdete Dios, capitán, dijo aquel; ¿qué deseas?

—Salir á la vega con estos caballeros, que son don Alonso de Aguilar, don Manuel Ponce de Leon y don Juan Chacon.

Calló por un momento el demandado, como aquel á quien se pide una cosa difícil.

—¿Sabéis, caballero, dijo al fin, que yo no puedo consentir lo que me pedís?

—Lo sabemos, y por eso lo pedimos.

—¿Sus Altezas!...

—Sus Altezas no sabrán que hemos salido por esta puerta ni por la otra, sino que no hemos entrado. Dí, pues, á la atalaya que nos doje paso franco.

—Puede sucederos un fracaso, porque los moros rondan el campo á la redonda.

—Pardiez, sabe, alferéz, que tenemos empeñada una porfia con los capitanes de caballos Hernan Perez del Pulgar y Gonzalo Fernandez de Córdoba, sobre quién hará una hazaña de mas valor, y por Dios que no hemos de perderla sino con la vida.

—Pues porfía tenéis y con porfia lo pedís, salid, caballeros, y que Dios os ayude.

Y el alferéz llegó al atalaya y le provino, y los cuatro capitanes cristianos salieron al campo, montaron á caballo, y se alejaron mas que á paso del real.

Y fué, que mientras ellos departian la manera de salir adelante con su apuesta, vieron venir el camino adelante, de la parte de Granada y á la luz del alba que esclarecia, un bulto blanco, *asaz* en grandeza, y ligero como un copo de plumas impulsado por el viento.

Verle, afirmarse en los estribos, y correr á él, fué cosa de un momento; el bulto se detuvo y una voz dulce, voz de muger, dolorida y triste, se dejó oír entre ellos.

—Si sois caballeros, dijo, amparadme, que de caballeros es favorecer al desvalido, y yo soy una muger que viene de Granada y va al campo de los cristianos.

—Muger, sola, y á esta hora, dijo el señor de Cartajena, don Juan Chacon, en grave oca-

sion hallarse debe, pues se vé tan desamparada.

—Ojalá fuesen mio el peligro y la desventura, replicó la dama, que no me hallaríais tan menesterosa de amparo, mas pues sois caballeros, segun lo indica vuestra mesura, y cristianos, pues habláis en algaravía (1), os ruego que me lleveis á punto donde yo pueda ver á don Juan Chacon, señor de Cartagena.

El día entraba ya aprisa, y á su luz pudieron ver los cristianos á una mora, vestida con ropas blancas, de gran juventud y hermosura, montada en una hacanea, pálida y temerosa, al parecer, de hallarse entre enemigos.

—Si á don Juan Chacon buscas, hermosa doncella, dijo él mismo, hablar puedes de lo que con ese caballero te importa, porque yo y mis amigos lo somos suyos en gran manera.

—Si sois caballeros, continuó, pues veis que una dama pone en grave riesgo su honra yendo á entrar en un campo enemigo, hacedme la merced de entregar esta carta á aquel para quien es, y que Dios os juzgue, caballeros, tal como cumpláis en una empresa en que va por precio la honra y la vida de una sultana.

Tomó la carta don Juan Chacon, rompió los hilos de seda del sello de oro; y la desenrolló.

—¿Qué haces, cristiano? exclamó en acento de reconvenccion la mora.

—Si á don Juan Chacon es á quien vá dirigida esta carta, señora, permito á don Juan Chacon que está en tu presencia, bese tu mano en albricias de la honra que le hace una señora tal como la sultana de Granada.

Y tomó la hermosa y blanca mano á Zaryemal, y se la besó, no sin que lo escondido de la vergüenza colorase sus megillas, despues de lo cual leyó la carta que decia así:

«Atí, don Juan Chacon, señor de Cartajena, la sultana Zoraida te saluda y desea prosperidad.

«Tu clara valentia brilla lejos de ti, como los rayos del sol sobre los hemisferios, y te conocen los desvalidos y te bendicen los desgraciados.

(1) *Corrupcion del drabe usada entre moros y cristianos respectivamente.*

«Mi honor ha sido mancillado por las lenguas viles de cuatro traidores, y estoy á punto de prueba de duelo, confiando en Allah, en tí y en mi inocencia. Y vendrás, yo lo espero.

«Ven, cristiano, ven con otros tres de tus amigos, que siéndolo tuyos, no pueden dejar de ser valientes.

«¡Ven, y lava mi deshonra!

«¡Ven, oh, ven cristiano, porque en tí confío!»

Don Juan se estremeció de alegría y leyó la carta á los otros tres caballeros.

—Y bien, les dijo, si buscábamos aventuras ¿cuál mejor que esta? ¿Dónde podremos mas esclarecer nuestro nombre que defendiendo á una sultana, en daño de enemigos tan valientes como los Zegries?

—¡A caballo, caballeros, á caballo! y que esta dama nos conduzca al sitio donde hemos de trocar armas y cabalgaduras.

Y caminaron así dos horas, y al cabo de ellas llegaron, rodeando entre los olivares, á un pequeño alcázar situado junto á un bosquecillo de laureles, en las inmediaciones de una aldea llamada la Azubia, por la parte que mira á Granada.

Zaruyemal bajó de la hacanea, y llamó al postigo de una cerca situada á espaldas del alcázar. La puerta se abrió.

Los cristianos descabalaron, penetraron en la cerca, y un esclavo movió asíó los caballos, y con la hacanea los hizo entrar tras sus ginetes.

La puerta tornó á cerrarse.

—¿A quién pertenece este alcázar? dijo el alcaide de los Donceles á Zaruyemal.

—Al emir del rey, Muza-Ebn-Abil-Gazan, contestó la hermosa, y tuyas son tambien las armaduras y las vestimentas que vais á ver.

Y guiándolos, abrió una puerta de hierro y los introdujo en una sala de armas.

Cuatro esclavos les ciñeron los arneses que eligieron; hermosas esclavas les vistieron ricas túnicas de brocado, y sus cabellos desaparecieron ocultos bajo blancas tocas prendidas á la usanza africana.

Avanzaba el día, y los castellanos armados ya y á punto de poder pasar por valies africanos, bajaron al jardin, y fuera de la cerca encontraron cuatro caballos de la mas pura ra-

za árabe encubertados de guerra.

Y cabalaron, y armados de fuertes lanzas se despidieron de la doncella mora, y tomaron la vuelta de los montes para entrar en Granada por el camino de Gualix.

Y era tiempo; el sol habia llegado á la mitad de su carrera, y en la plaza de Bibrambla, el palenque abierto, ocupado de una multitud inmensa, mostraba en uno de sus extremos la tienda de los mantenedores de la acusacion contra Zoraida, y en el otro un cadalso enlutado, en que la desdichada sultana aparecia vestida de blanco entre sus damas.

Delante de la tienda de los mantenedores habia clavadas cuatro lanzas en la arena, y pendientes de ellas cuatro relucientes adargas: los escuderos se paseaban en torno de ellas, y á siniestra mano se veia el estrado destinado á los jueces del campo, que eran el emir Muza Ebn-Abil-Gazan, el visir Ebn-Gomija y el Katib Adel-Kerim.

Mas allá, guardados por escuderos, se veian un astillero de picas de batalla y algunos caballos encubertados de guerra, trabados de los pies.

Todo revelaba á primera vista el grave asunto que se sustentaba en aquel caso, no hacia mucho engalanado de fiesta, y entónces transformado en palenque de prueba.

Zoraida asentada sobre un divan negro en el cadalso, parecia tranquila, á pesar de que bajo aquel tablado estaban hacinados haces de ramaje, que debian ser la hoguera de la adúltera si los Zegries sustentaban su acusacion con las armas.

Desde el amanecer, el pueblo, siempre dispuesto á todo linaje de espectáculos, llenaba las galerías, y multitud de damas y caballeros si bien con vestiduras de luto, asistian allí como si asistieran á un torneo.

El rey habia llevado hasta el colmo su crueldad asistiendo al palenque con galas de fiesta.

Y el pueblo murmuró del rey, al par que no hubo uno que no se doliese de la sultana y maldijese á los Zegries.

(Continuad.)

A UNA DAMA

QUE SE PINTA Y SE REPINTA.

ODA.

Tu mejilla encarnada por el arte
parece una amapola:
no hay duda que para esto del pintarte,
Juana, te pintas sola.
Todo aquel que contempla tu figura
y de tu rostro el brillo,
desde luego te toma por pintura
del pincel de Murillo.
Los franceses admiran en tu cara
lo suave de las tintas,
y hay ingles que à Inglaterra te llevára
por lo bien que te pintas.
Dice el vulga ignorante y novelero,
y à mas desvergonzado,
que de un tapiz del rey Carlos Tercero
tu gesto se ha escapado.
Que hallazgo en los periodicos se ofrecio
al que le echo la trampa,
y la guardia civil toda perece
en busca de tu estampa.
Tambien para burlarse de tí ha dicho,
gente que aplancha y borla,
que así adorno tu cara por capricho
pintor de brocha gorda.
Tal charla no te ponga obesa ó magra,
que esto es pura falsia:
y una mano de cal y otra de almagra
dáte una vez al dia.
Y así solo podrán murmuradores,
en vez ¡oh dicha raris!
de sacarte à la cara los colores,
sacarlos de tu cara.
El matiz de tu rostro es un arcano,
que à todos causa pena:
ninguno sabe si es enfermo ó sano,
si eres blanca ó morena.
Pero yo te disculpo: tus mejillas
siempre estan sonrosadas;
pues tú por devocion y de rodillas
les darás bofetadas.
Ilustres Zurbarán y Herrera han sido,
porque en lienzos pintaron:
sus nombres no se entregau al olvido:

su gloria aseguraron.
Pues si tu mano pinta à un rostro feo,
y en rosicler colora,
¿no tendrás mayor fama por trofeo
siendo de tí pintora?

Miscelánea.

ALUMBRADO DE GAS.—No hay peor sordo que el que no quiere oir, dice un refran verdadero, y esto decimos nosotros de la empresa del alumbrado del gas y de la inteligente comision del Ayuntamiento, encargada de la conservacion de la oscuridad. Que chillen los periódicos, que griten los dueños de establecimientos públicos, que se queje el vecindario entero, ¿qué le importa à la empresa si se gasta menos gas y quedan mayores y mas seguras utilidades? Ganar mas ó monos, *that is the question*, diria para sí el empresario, y como ha tenido la dicha de tropezar con gente no muy lista por cierto en punto à química, en cuanto lo hacen el menor reparo, la mas pequeña reconvenccion, sale diciendo «yo cumplo con lo ajustado, ahí teneis una luz de las dimensiones convenidas,» y ya tienen ustedes al comisionado, sino convencido, confundido, como si no fuera dable variar la intensidad de la luz sin alterar en lo mas mínimo sus dimensiones.

En la semana pasada hubo noches en que estaban tan macilentas que apenas se veia, y no obstante observamos que apenas se advertia variacion en su tamaño.

En algunos establecimientos y casas particulares se quedaron completamente à oscuras, dando esto lugar à sustos y desórdenes casi inevitables.

Es ya tiempo que se ponga remedio á este descuido por parte del comisionado, y á este abuso por parte de la empresa.

TEATRO PRINCIPAL.—Sin perjuicio de lo que acerca de la compañía formada para este teatro, decimos en otro lugar de *La Tertulia*, nos afirman personas al parecer bien informadas, que de los cantantes nuevamente contratados hay algunos de mérito.

TEATRO DEL CIRCO.—En la noche del juéves se representó en este teatro el drama de don Francisco Martínez de la Rosa: *La Conjuracion de Venecia*. Sabido es que termina esta produccion con la muerte de Rujiero, uno de los cabezas de los rebeldes á la República de San-Marcos, y con el triunfo del Consejo de los Diez. Pero los actores, conociendo que de esta suerte no saldria contenta alguna parte del público que concurre al Circo, acordaron que en el mismo instante de ser llevado Rujiero al suplicio, saliesen todos los comparsas gritando *viva la libertad!* y diesen de cuchilladas á los del Consejo de los Diez: con lo cual los espectadores quedaron muy satisfechos, y la historia estraordinariamente maltratada.

PREGUNTA CURIOSA.—La otra noche nos preguntó cierto individuo en el teatro del Circo, viendo el drama del señor Martínez de la Rosa, que cómo siendo el dux de Venecia el gefe de los tiranos, al instante que estallaba la conjuracion en la plaza de San-Marcos al grito de *viva la libertad!* salia al balcon de su palacio, y con una bandera en la mano, decia

á los suyos, *viva la República!* Ya se vé: el buen hombre ignoraba que Venecia era una República aristocrática.

TEATRO DEL BALON.—En la semana anterior se han representado en este teatro dos dramas de grande espectáculo. *El hombre de la selva negra* y *Los incendiarios de Paris*. Negra tenemos el alma de ver el primero de estos dramas, recuerdo delicioso de los felices dias de nuestra niñez, en que nos complaciamos en ver las barbas del *hombre de la selva negra*, en escuchar el tiroteo, y en alegrarnos de la prision del traidor. *Los incendiarios de Paris* es un drama que pertenece al género *tonto*, sin duda á fuerza de haber querido su autor hacer una obra-modelo en lo sentimental.

El público concurre á estos espectáculos, y la compañía hace muy bien en ponerlos en escena, porque su interés deba ser primero que el buen gusto literario. Con el buen gusto literario no han de comer los actores y con las buenas entradas sí. Esto es muy razonable. Pretender otra cosa seria proponer á los artistas del teatro del Balon, nada menos que el suicidio. Y no creemos que estén de humor, por hacer alarde de buen gusto literario, imitar en la muerte á un Sócrates, á un Caton, á un Bruto, á un Dolabela y á un Anibal, ó mejor dicho, á un Pausanias que murió de hambre, si no lo confundimos con otro general griego que ahora no recordamos.

CADIZ: 1849.

Imprenta de Don Francisco Pantoja, calle de la Aduana, número 20.